

El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 7º



EL JUNCO DE LOS APESTADOS

El profesor Karus y el chinito Kao se sintieron aterrados al saberse perseguidos como las fieras con la ayuda de aquellos terribles perros tibetanos, cuyo olfato es maravilloso y cuya ferocidad es conocida en toda Asia.



Fidel Prado

El junco de los apestados

El dragón de fuego - 7

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SÉPTIMO ANIVERSARIO



epublibre

El **JUNCO** *de los*
APESTADOS



Capítulo primero

UN OJEO TRÁGICO

El profesor Karus y el chinito Kao se sintieron aterrados al saberse perseguidos como las fieras con la ayuda de aquellos terribles perros tibetanos, cuyo olfato es maravilloso y cuya ferocidad es conocida en toda Asia.

Karus, sin saber qué decisión tomar, exclamó:

—Creo que estamos perdidos, Kao. Lo siento por ti, a quien no debí admitir en esta trágica aventura.

—Honorable profesor se apura demasiado por pequeño Kao. Kao acostumbrado a correr peligros con bandidos en Gobi. Mi vida le pertenece y no debe preocuparse.

—Gracias, muchacho, pero mi deber es salvarla. ¿Qué podemos hacer? Estas balas me parece que aún no están en condiciones de ser usadas.

—Confiemos en que por la altura a que nos encontramos no nos olfateen. No confío mucho, pero esperemos.

Tumbados sobre la tierra que casi abrasaba, pues la fuerza del sol era notable, asomaron la cabeza por entre un hacinamiento de piedras y echaron una mirada al valle.

Abajo, descubrieron una docena de feroces chinos azuzando a los perros y estos, diseminados, olfateando el aire con insistencia, con sus dilatados sangrientos ojos clavados en la montaña, como si adivinaran que era allí donde se había refugiado su presa.

Durante un buen rato, se movieron de un lado para otro desorientados. No encontraban la pista la por donde los fugitivos habían escalado la altura y se mostraban inquietos y nerviosos husmeando entre los peñascales.

—No se irán —murmuró Kao al oído del profesor—. Son pegajosos como moscas y darán miles de vueltas hasta encontrar la pista o se quedarán ahí hasta que se los lleven.

Por fin, al cabo de una hora, uno de los «deggs» lanzó un penetrante aullido y enderezando las orejas, rastreó la tierra febrilmente para terminar por lanzarse por una especie de sendero que se abría entre los peñascales.

Los demás, al oír la llamada, acudieron presurosos azuzados por los chinos y los terribles sabuesos se desplegaron en abanico rodeando la montaña.

—¡Nos han descubierto! —murmuró Karus—. Sólo nos cabe intentar acabar con ellos a tiros si el revólver responde a mi deseo.

Kao retuvo la mano del profesor, que se había dedicado a llenar la recámara y advirtió:

—Profesor no debe disparar aún. Ellos no saben sitio donde nos escondemos y conviene no descubrirse. Honorable señor dejar a Kao intentar deshacerse de feroces «deggs».

—¿Cómo? —preguntó Karus extrañado.

El chinito se desabrochó la liviana blusa y deslió de su cintura una especie de cuerda trenzada que llevaba en derredor de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Karus.

—Una honda. La usan mucho los pastores para el ganado. Kao sabe manejarla bien. Tiró muchas piedras con ella.

—¿Tú crees que con tan poca cosa vas a poder eliminar a ninguna alimaña de éstas?

—Kao tener la seguridad de acertar en la cabeza a perros. Probaré —terminó el chinito con simpática sonrisa.

Los perros aún se encontraban a distancia para ensayar su enigmática arma, y el astuto chino, empujando unos terribles peñascos que había en la cima de la pequeña explanada donde se habían refugiado, los colocó en el borde, diciendo:

—Pueden servir, honorable señor. Cuando perro se encuentre debajo piedras, honorable profesor empujar piedras y que rueden. Si acierta, perros morirán aplastados.

Aquello parecía a Karus más práctico aunque su eficacia resultaba algo problemática. Debía cogerse al perro en la trayectoria de la piedra, y lo más fácil era que ésta se desviase del objetivo, pero era un arma más a usar en defensa de su vida.

Uno de los «deggs», el que había descubierto el rastro, avanzaba destacado del grupo. Por aquella parte, solamente se divisaban tres, pero el resto debía avanzar por las otras laderas, seguros de que en

la cima encontrarían la ansiada presa.

Cuando Kao estimó que el enemigo se encontraba a tiro, se irguió en la meseta con la honda en la mano, y volteándola en el aire durante algún tiempo, por fin se decidió a lanzarla.

Estiró el brazo rígidamente y la piedra salió silbando por el aire hacia el perro con la velocidad de un proyectil.

Karus, olvidando el peligro, alargó el cuello y miró hacia abajo, siguiendo la veloz trayectoria de la piedra, y su asombro y alegría fueron enormes cuando observó cómo el terrible sabueso, alcanzado en plena cabeza, lanzaba un aullido impresionante y rodaba como una pelota por la escabrosa pendiente hasta llegar al llano, donde quedó rígido.

—¡Bravo! —exclamó entusiasmado.

—¡Eres un cazador formidable, Kao!

—He matado lobos —aseguró el muchacho. Kao tiene buena puntería.

Karus empezó a confiar en la ayuda del chino. Si los feroces perros seguían poniéndose a tiro, estaba seguro de que eliminaría aquel peligro, aunque no el de la persecución de los sanguinarios chinos.

Estos se quedaron muy asombrados al ver rodar al perro con la cabeza destrozada, pero como no habían oído ningún disparo, creyeron que se había despeñado y que su muerte obedecía a un accidente fortuito.

Otro de los perros seguía, ganando terreno hasta la cúspide. Sus aullidos crispaban los nervios del profesor que no se acostumbraba a aquellas manifestaciones de ferocidad, y con una enorme piedra, aferrada entre las manos, esperaba la ocasión de lanzarla sobre el «degg».

Kao había colocado una nueva piedra en la honda y esperaba con gran sangre fría. Parecía carecer de nervios, y Karus admiraba el valor de aquel muchacho, cuyo auxilio ya les había sido precioso varias veces.

Por fin, cuando estimó que el sabueso se encontraba a tiro, volvió a disparar su trágica honda. Esta vez no alcanzó a colocar la piedra en la cabeza, pero la colocó sobre una pata tronchándosela.

El animal, lanzando aullidos salvajes, se detuvo para luego intentar seguir la ascensión, pero al flaquearle el remo se escurrió

entre las piedras y rodó como su compañero hacia el llano.

Un rugido de rabia se escapó de los pechos de los chinos que bloqueaban la montaña. Empezaban a darse cuenta de que la caída de los dos perros no era producida por accidentes normales y furiosos, empezaron a disparar sus armas sin consecuencias, porque no alcanzarían a distinguir a los perseguidos.

Un tercer «degg» avanzaba por la pendiente frente a ellos, y tanto Karus como Kao esperaban a que el animal se pusiese a tiro para disparar sobre él la mortal honda. Tan preocupados estaban con la ascensión del animal, que descuidaron la vigilancia por el otro lado de la montaña, sin darse cuenta de que el peligro también podía surgir por aquella parte, pues faltaban todavía otros tres perros.

De repente, una sombra se proyectó raudamente sobre la explanada, y un aullido escalofriante rasgó el silencio que reinaba en la altura. El profesor, impresionado, se volvió con rapidez, al tiempo que uno de los «deggs» que había alcanzado la cima por la parte posterior, se lanzaba sobre él como una tromba.

Karus pudo evitar la terrible dentellada en un esguince violento, y sin tiempo a más empuñó el agudo cuchillo que llevaba en el pecho medio saliéndole por la abertura de la casaca. Era lo único que podía hacer para tratar de defender su vida.

El perro, después de su primer ataque infructuoso, se revolvió iracundo y volvió a saltar sobre el profesor, pero éste, sereno, dándose cuenta del terrible peligro que corría, estiró el brazo presentando el cuchillo de punta. En el envite, el «degg» se clavó el arma a la altura de la garganta. Fue algo trágico para Karus sentir el cuchillo hundiéndose en la dura carne del animal y sentirse salpicado del horrible chorro de sangre que brotó de la herida.

El sabueso, herido de muerte, se revolcó sobre la cima empapándola de sangre, mientras de su garganta se escapaban aullidos feroces que hacían más dramática la situación.

Kao, valiente y decidido, se acercó al perro, y tomándole por sorpresa por el rabo, tiró de él con violencia hasta llevarle al borde de la escarpada desde la que le lanzó al vacío.

Aquello colmó la indignación de los perseguidores. Habían perdido tres de sus mejores perros y estaban temiendo que los restantes corriesen la misma suerte.

Karus, repuesto de la impresión, se asomó al borde de la montaña para localizar la situación de los otros tres sabuesos, y, al hacerlo, palideció. Otro de ellos estaba ya alcanzando el reborde y veía sus ojos sangrientos mirándole con furia, y contemplaba sus formidables colmillos dispuestos a destrozar cuanto pillasen por delante.

Asustado, sólo acertó a empujar el primer peñasco que encontró a mano. La suerte le ayudó y la piedra, arrollando al perro, le empujó hacia el abismo cuando ya se disponía a saltar sobre él.

Kao, por su parte, con la honda preparada, vigilaba a otro más retrasado, y de un certero disparo le obligo a detenerse aullando salvajemente. La partida la estaban ganando en principio, aunque con la eliminación de los perros no habían hecho más que retrasar el peligro.

El único «degg» que quedaba, como si adivinase la suerte que había de correr si seguía avanzando, retrocedió descendiendo al llano, donde una docena de chinos reunidos parecían consultarse sobre las determinaciones a tomar.

Karus, que les observaba atentamente, comentó:

—Hemos obtenido una victoria, pequeño; pero me temo que no nos sirva de gran cosa. Primero, tenemos abajo a esos sapos biliosos, como dice el pobre Regis, y segundo, aún les queda un perro que es más peligroso que todos los chinos juntos.

—Pero algo hemos ganado, honorable señor —afirmó Kao—. Ahora a esperar que hacen diablos amarillos.

Procurando no darse a ver para evitar que disparasen contra ellos, se dedicaron a vigilar a sus enemigos. Estos, después de mucho accionar, debieron tomar alguna determinación, porque el que parecía capitanear el grupo se separó de éste alejándose hacia unos peñascales que se erguían a la derecha del camino.

Poco después, regresaba acompañado de otros dos chinos que portaban una especie de angarilla, sobre la que se destacaba un bulto que los dos fugitivos no acertaron a distinguir bien.



—¿Qué demonios traerán ahí? —preguntó intrigado Karus.

—Quizá herido alguno lleven ahí —insinuó Kao—. Les hicimos algunas bajas en el río.

Continuaron observando los movimientos de sus perseguidores, los cuales acercaron aún más la angarilla, dejándola bruscamente sobre la tierra.

—¡Oh! —advirtió Karus—. No debe ser ningún herido, la forma de tratarle es demasiado brusca.

Kao, que tenía sus agudos ojos clavados en la llanura, insinuó:

—¿No será honorable señor Regís a quien hayan cogido prisionero?

A la sola sospecha, el rostro del profesor se tornó lívido y con voz velada por la emoción dijo:

—Si estuviera seguro de ello, era capaz de descender de aquí para intentar arrebatárselo, aunque me costase la vida el empeño.

Kao se quedó pensativo estudiando el terreno, y después de un largo silencio dijo:

—Honorable profesor. Kao tiene idea... Podía ser intentada.

—¿Qué es ello, pequeño? —preguntó Karus—. Tú eres listo y sutil, y se te ocurren cosas dignas de tomarías en cuenta. Habla...

—Vea. Nosotros hacer que intentamos bajar por lado contrario. Cuando ellos vean, correrán a cogernos. Entonces honorable señor, escondido en aquellas peñas, disparará sobre ellos algunos tiros para distraer. Mientras, Kao se escurrirá por este lado y bajará al llano. Si preso es honorable Regis, Kao salvará a honorable señor.

—Eso es muy expuesto, pequeño. Te cazarán.

—Kao cree que no. Hay que intentar algo. Aquí tampoco poder estar muchas horas. Moriríamos de hambre y acaso de frío.

El profesor, después de estudiar bien la proposición, se resignó a aceptarla a falta de otra mejor.

—Bien, vamos a intentarlo; pero Dios sabe que lo hago sólo en obsequio de la vida de Regis.

Dándose a ver de sus enemigos, pero tratando de resguardarse de sus disparos, alcanzaron el lado contrario de la cornisa e iniciaron el descenso, siempre buscando el amparo de los peñascales, y cuando los chinos les descubrieron, corrieron hacia aquel lado, dispuestos a impedir su fuga.

Kao observó que todos se habían apresurado a engrosar el grupo, descuidando las angarillas, y muy contento con su estratagema, dijo:

—Honorable señor debe bajar aún más... No llegarán disparos tan alto. Profesor puede disparar mejor que ellos, mientras Kao procura bajar por el otro lado.

Karus se apresuró a cumplir la indicación, siendo por algunas balas que no llegaron hasta él, e intrépidamente continuó descendiendo, hasta situarse en un punto favorable a cubierto de los disparos.

Cuando se encontraba seguro, volvió la cabeza, pero ya no descubrió al valiente chinito. Este se había deslizado como los lagartos entre los peñascos sin ser visto.

El profesor esperó lleno de angustia la decisión de sus enemigos. Estos, después de consultarse, destacaron a un par de ellos que, intrépidamente, empezaron a trepar por los peñascos, procurando hacerlo a resguardo de posibles disparos, pues aún no sabían si sus enemigos poseían armas de fuego.

Karus intentó engañarlos, y tomando algunas piedras desprendidas que encontró a mano, las lanzó sobre ellos sin que lograra alcanzarlos.

Esta estratagema les confió. Creían al profesor desarmado y juzgaron que capturarlo no sería una empresa difícil para ellos que poseían revólveres.

Todo el grupo, compuesto de unos catorce chinos, se lanzó hacia la montaña, procurando rodear aquel lado para coger al profesor entre varios fuegos, e iniciaron el ascenso. Karus les observaba con inquietud, pero fiel a su decisión, permaneció en el sitio elegido, con el revólver preparado para disparar en el último momento.

Para seguir entreteniéndoles y despistarles, apeló al recurso de arrojarles piedras o dejar rodar éstas. No aprovechó todo aquel bélico material, pero tuvo la suerte de despeñar a un enemigo con un enorme pedrusco que le atropelló raudamente y dejar a otro fuera de combate de una certera pedrada.

Pero esto no arredró a sus perseguidores. Estos, seguían ascendiendo y disparando, de una manera peligrosa.

Y con creciente furor seguían la lucha, dispuestos a intentar, por todos los medios a su alcance, rodear al profesor y hacerle prisionero.

Cuando Karus estimó que era demasiado arriesgado dejarles seguir avanzando, empuñó el revólver y disparó. No tenía mucha confianza en los proyectiles por temor a que conservasen la humedad, y quería saber hasta dónde podía contar su arma.

Formidable tirador, el primer disparo batió a uno de los chinos, que abrió los brazos y se dejó desplomar de espaldas, rebotando por la ladera simiescamente. El éxito le llevó a disparar la carga, simultáneamente toda la carga alcanzando a otros tres enemigos que sufrieron la misma suerte.

Aquella acogida sembró de pánico entre los chinos, que se apresuraron a buscar refugio entre las peñas, iniciando la retirada. Esto alarmó a Karus, pues si llegaban al llano antes que Kao consiguiese salvar a Regis, si era este el prisionero de las angarillas, se abría malogrado el esfuerzo, del valiente muchacho, poniendo en peligro su vida.

Karus, indeciso no sabía que determinación tomar, hasta que, decidió, inició la persecución descolgándose por la peligrosa pendiente, expuesto a rodar por ella.

Su terrible revólver tronaba de vez en vez, no sólo para detener a los chinos obligándoles a refugiarse tras los accidentes del terreno,

sino para tratar de eliminar alguno más y hacer la lucha menos desigual a la hora de iniciar francamente la huida.

Aún tuvo la suerte de alcanzar a uno de ellos, haciéndole caer trágicamente al llano. Pero el resto, escurriéndose como lagartijas y replicando al fuego suyo, consiguió ir descendiendo sin sufrir más bajas.

El profesor estaba decidido a continuar su marcha tras los bandidos para entretenerlos, y, al tiempo, para ayudar a sus amigos si éstos conseguían verse libres y acudir en su auxilio. Los tres podían constituir una fuerza, aunque suponía que Regis no poseería armas de fuego que poder usar.

Descendía con precaución a bastante distancia de sus enemigos, que ya se encontraban fuera del alcance de su revólver cuando, de modo inopinado, se vio atacado por la espalda.

Más que ver el peligro, tuvo intuición de él al vislumbrar una sombra que se proyectaba sobre los peñascales al interponerse entre éstos y el sol.

Rápidamente se volvió para hacer cara al ataque, cuando descubrió con terror que se trataba del único «degg» que había quedado vivo. El feroz animal había ganado la pendiente a espaldas suyas y le atacaba por sorpresa. Karus quiso hacerle frente, pero le fue imposible. El animal saltó sobre él y, el profesor, al recibir el empujón, perdió el equilibrio y rodó por la pendiente, lanzando un terrible grito de angustia...

Capítulo segundo

HORAS DE ANGUSTIA

Las sospechas del pequeño Kao sobre a quién pudiera corresponder el cuerpo que, inanimado, yacía sobre las angarillas que portaban sus perseguidores, no eran infundadas. Se trataba del cuerpo del valiente Regis, quien, recientemente amarrado al improvisado vehículo, era transportado por los chinos a un lugar aún ignorado para él.

Regis había sido capturado en el río, después de la catástrofe. Cuando sobrevino el choque y todos cayeron en confuso montón sobre las sucias ondas del río, el bravo criado recibió un golpe brutal en la frente que le abrió una pequeña pero escandalosa herida, privándole de sentido.

Sus perseguidores pudieron capturar su cuerpo antes de que se fuese al fondo, y trasladándole a la orilla procedieron a averiguar si aún conservaba u vida.

Pero la vida de Regís era algo exuberante difícil de abatir. Desmayado y sangrante, demostraría una vitalidad peligrosa si volvía en sí y reaccionaba con el vigor con él acostumbrado, y en previsión de que esto pudiese suceder y volviese a ser un enemigo peligroso, construyeron unas parihuelas con troncos y ramas de árbol, y tumbándole en ellas le amarraron sólidamente privándole de todo movimiento.

Luego, emprendieron la búsqueda de los otros dos fugitivos, y como el registro se verificaba río arriba, con dirección a Chenlan, lugar al que se dirigían, cargaron con el cuerpo del impotente Regis para no perderle de vista y poder hacer entrega de él a los jefes de la terrible secta.

Durante varias horas, no fue preocupación alguna para sus captores. Privado de sentido era una masa pesada pero inocua, más horas más tarde, al reaccionar, tuvo en jaque a sus enemigos,

haciendo esfuerzos heroicos para soltarse de sus ligaduras, y movió la lengua ásperamente, ya que no podía hacer otra cosa, insultando a los chinos de forma despiadada.

Estaba desesperado. Suponía casi con fundamente que su señor debía haber perecido en la hecatombe, juntamente con el valiente Kao, y ya le importaba poco su vida, si ésta había de quedar huérfana de la compañía y el cariño del profesor a quien amaba como a un padre.

—¡Sapos biliosos!... ¡Hijos de tiburón! —rugía estruendosamente ¡Cobardes cochinos!... ¿Por qué no me soltáis y os peleáis conmigo como los hombres? ¡Me atrevo con todos vosotros, cuadrilla de renacuajos sin sangre!... ¡Sois un atajo de cobardes dignos de empalar!

El jefe de la expedición no le hizo caso al principio, pero, por fin, cansado de oírle tanto insulto, le amenazó brutalmente con cortarle la lengua si no enmudecía, y Regís, presumió que era capaz de hacerlo, contuvo sus nervios y se limitó a lanzar maldiciones en voz baja.

Durante algunas horas caminó molido en aquella postura que le clavaba las duras ramas del artefacto en los riñones, y se prometió emplear aquel nuevo tormento contra sus opresores si conseguía evadirse de ellos y capturar a alguno.

Por fin, hicieron alto bajo el sol de fuego que le abrasaba, mientras una nube de pegajosos y agudos mosquitos le picoteaban el rostro, obligándole a emitir una serie de maldiciones que Buda no debió agradecerle absolutamente nada.

Los chinos se detuvieron dando suelta a la jauría de feroces perros que llevaban consigo, y Regís se preguntó qué irían a intentar con aquellos feroces animales.

A pesar de su incómoda postura, podía divisar perfectamente la alta meseta que se erguía a su derecha, y cuando vio internarse a los perros por la ladera, sospechó con alegría y temor, que se trataba de seguir la pista del profesor, pues aquel aparato desplegarlo no podía dedicarse más que a la busca y captura de personajes tan importantes para la secta como ellos.

Con emoción siguió los movimientos de los perros, y hasta alcanzó a distinguirlos subiendo por los accidentes del terreno, aunque los peñascos que tenía delante le privaban de divisar parte

de paisaje.

Luego sintió alaridos de rabia, increpaciones, órdenes tajantes y, por fin, regresaron algunos de sus enemigos tomando las angarillas y trasladándole más cerca de la montaña para tenerle al alcance de vista.

Después, sus perseguidores, se desplazaron al otro lado de la montaña, y Regis se preguntó qué sucedería allí.

Cuando por fin oyó el estampido de las detonaciones no dudó de que el profesor había sido localizado y que se intentaba también su captura, y una rabia infinita se apoderó de él al considerarse impotente para prestarle ayuda y a luchar a su lado.

Con ansia suprema forcejeó con las horribles ligaduras que atenazaban sus carnes, pero por más que se martirizó no consiguió aflojarlas para lograr librarse de ellas.

Estaba entregado a la más negra desesperación, cuando su aguda vista distinguió un pequeño bulto que se descolgaba por la pared montañosa como un gato montés. El bulto, que pronto reconoció como un ser humano, se pegaba a la roca para disimular mejor su presencia, y Regis se preguntó quién sería aquel que tomaba tales precauciones para iniciar el descenso.

Comprendía que se trataba de un chino, pero no adivinaba porque bajaba, cuando lo lógico era ascender si se trataba de coger al profesor por la espalda.

Cuando el chino que se deslizaba rápidamente, alcanzó la parte baja, Regis contuvo un rugido de alegría. Acababa de reconocer a Kao y su corazón latió con agradecimiento al comprender que el diminuto chinito se estaba jugando la vida exclusivamente para correr en su auxilio.

Tremante de angustia, esperó. Kao miró a todas partes para convencerse de que sus perseguidores estaban entretenidos al otro lado de la montaña, y corriendo como un gamo, llegó a la angarilla inclinándose ávidamente sobre ella.

Cuando se convenció de que sus sospechas eran ciertas, sonrió de un modo infantil, y sacando su cuchillo para cortar las ligaduras al cautivo, dijo:

—Kao se alegra mucho de ver a honorable señor Regis otra vez.

El criado, con lágrimas en los ojos, balbució:

—Y honorable señor Regis te va a dar un abrazo de miedo

cuando acabes de cortarme estas malditas cuerdas que tengo ya clavadas en el esternón.

Kao, con habilidad y premura, cortó las ligaduras, y Regis, incorporándose trabajosamente, abrazó al chino asegurando.

—Te prometo regalarte las orejas de ese sapo bilioso de Wang-Cheng, cuando me le eche a la cara y pueda acariciarle los órganos auditivos con mi cuchillo. ¡Palabra de Regis que lo haré así!

Luego suplicó furioso:

—Haz el favor de ayudarme a bajar de aquí. Tengo los huesos muertos de estar así horas y horas. ¡Bandidos! A alguno le voy a sentar yo el filo de una espada y le voy a poner encima un peñasco de mil kilos.

Kao le ayudó a ponerse en pie y hasta le dio masaje en el cuerpo para que reaccionara. El chino estaba intranquilo por la suerte que pudiera correr el profesor, solo, con una docena de enemigos.

Cuando Regis se recuperó un poco, trató de lanzarse en busca de los sectarios, pero Kao le detuvo diciendo:

—Honorable señor Regis no debe hacer eso. Ellos muchos con revólveres; nosotros pocos sin ellos. Creo deber subir allá arriba para ayudar a honorable profesor.

Regis le tiró de las orejas afirmando:

—Está bien, honorable Kao; tienes ingenio y prudencia. Vamos a imitar a las lagartijas si podemos.

Rápidamente se dirigieron a la montaña tratando de escalarla, pero Regis, magullado y entumecido, sufría terribles dolores ejercitando sus músculos y huesos en aquella ruda tarea.

Pero como era fuerte y terco, dominó su tortura e imitó a Kao, que trepaba como una ardilla.

Durante su ascensión, y conforme ganaban altura, iban captando el ruido de los disparos, señal de que Karus se defendía contra sus atacantes y esto les tranquilizó.

Pero, súbitamente, cesaron de tronar los revólveres, y un alarido de angustia infinita, seguido de estruendosas voces de alegría, reemplazaron a los estampidos.

—¡Dios de Dios! —gimió Regis. ¿Habrán cazado al profesor?

Loco, ante la sospecha, hizo un supremo esfuerzo y gateó por la montaña destrozándose las manos al aferrarse a las piedras para ganar altura con más rapidez.

Kao, que retardaba su ascensión para atemperar su paso al de Regis abandonó a éste y con la celeridad de cabra montesa, llegó a la cima cuando aún Regis quedaba dos docenas de metros más abajo.

El chino se asomó ávidamente al borde de la meseta, y una angustia infinita invadió su alma. Debajo de él, a varias docenas de metros, el cuerpo del profesor yacía peligrosamente sobre el abismo detenido solamente por un extraño saliente de la roca.

Descender hasta donde se encontraba el cuerpo del infeliz Karus era imposible. Desde cierta distancia, había un trozo de pared lisa sin accidentes donde apoyarse e intentar la aventura era temerario o inútil. De pronto, observó cómo los chinos trepaban desesperadamente, tratando de alcanzar al caído, y lleno de rabia preparó su honda, y sañudamente se dedicó a lanzar proyectiles contra ellos para impedirles que llegasen hasta su víctima.

La extraordinaria puntería del muchacho surtió efecto. Los dos chinos más cercanos al cuerpo del profesor rodaron por la pendiente, alcanzados de lleno por los terribles impactos, y otros dos fueron heridos, obligándoles a descender raudamente antes de verse expuestos a sufrir la misma suerte de sus compañeros.

En aquel momento, Regis alcanzó la explanada, y al darse cuenta de la catástrofe, lanzó un rugido de desesperación.

—¡Muerto! —exclamó—. ¡Oh, asolaré toda China de punta a punta y mataré mil ratas amarillas por cada uno de sus cabellos hasta vengar su muerte!

Loco, enfebrecido, trató de lanzarse montaña abajo, pero Kao, más sereno, se lo impidió diciendo:

—Honorable señor, hace mal perdiendo calma. Honorable Señor sería muerto por chinos sin poder vengar profesor... Primero debe salvar vida para ayudar a profesor si es posible.

—¿Qué podemos intentar? preguntó Regis vencido por el dolor.

—Primero acabar con bandidos. Luego bajar por cuerpo de profesor.

El consejo contribuyó a sacar a Regis de su sopor. El bravo criado se irguió diciendo:

—¡Pues vamos a terminar con ellos, pero pronto!

Los bandidos se habían reunido al pie de la montaña y deliberaban. Habían quedado reducidos a la mitad y la lucha se

había igualado, aunque ellos poseían más armas que los perseguidos.

Estos, buscando protección en los peñascos, descendieron prudentemente, tratando de acercarse al lugar donde el cuerpo de Karus permanecía inmóvil, atravesado sobre la peña. Había caído de bruces y no era posible distinguir sus facciones.

A medida que descendían, los chinos disparaban sobre ellos, y algunos proyectiles habían caído cerca, pero el revólver de Karus, manejado hábilmente por Regis, y la temible honda de Kao, les causó una nueva baja, y esto les hizo desistir de seguir intentando atacarles, mientras les dominaran por altura.

Después de deliberar los pocos que restaban de la partida, Regis observó cómo algunos abandonaban el grupo y se alejaban, dejando únicamente a dos vigilando la montaña.

—Me temo que vayan en busca de refuerzos —apuntó Regis.

—Posible es —afirmó el chino—, aunque no parece que por aquí cerca viva gente.

La tarde moría raudamente y las sombras empezaban a tenderse sobre el llano, mientras la temperatura descendía bastante, sobre todo en la parte alta de la montaña.

—Mala noche se avecina —aseguró el criado—. ¿Qué vamos a hacer? Aquí no podemos continuar eternamente. Nos moriremos de frío y de hambre.

Kao miró el cielo, de un azul sucio pero limpio, y comentó:

—Luna salir esta noche. Sí pudiéramos, bajaríamos por profesor y luego, intentaríamos huir.

—¡Oh, sí! Sobre todo, hay que recoger el cuerpo de mi señor. Yo no abandonaré esto por todo el oro del mundo sin antes darle cristiana sepultura.

Aprovechando las sombras de la noche, retrocedieron a lo alto, situándose cerca del lugar donde el cuerpo de Karus permanecía inmóvil.

Regis, como fascinado, le contemplaba desde un saliente a la vaga claridad del anochecer y hasta en su ansia, le pareció que se movía.

Kao, que le examinaba a su lado, apuntó:

—Si tuviéramos cuerdas, Kao bajaría por profesor.

Regis, al oírle, recordó que se había guardado en el pecho los

restos de las ligaduras que le había cortado Kao y extrayéndolas con emoción, se dedicó a examinarlas atentamente.

Estas eran recias y resistentes y aunque estaban divididas en varios pedazos, quizá uniéndolas podrían servir para el intento.

Febrilmente se dedicó a enlazarlas empleando nudos marineros, como los que saben hacer los cargadores de los muelles del Támesis y cuando todos los trozos se encontraron unidos, lanzó la cuerda desde el saliente más próximo para medir su largura.

Un grito de alegría se escapó de su pecho al comprobar que aunque no muy larga, daría lo suficiente para intentar el plan y tomando a Kao en sus brazos, dijo:

—Pequeño, tú que eres flexible y pesas poco vas a probar a ver si logramos nuestro intento. Yo sujetaré la cuerda desde aquí arriba y os izaré a los dos.

Arrolló un extremo de la cuerda a mi saliente rocoso para que no se le escapase de las manos y en el otro extremo fabricó un pequeño lazo, al que Kao se aferró con las manos dispuesto a dejarse colgar de él.

Regis, con su enorme fuerza, fue dejando deslizar la lía por la lisa pared el cuerpo tremante del chinito, que aferrado al lazo, pendía como un plomo del extremo.

Los seis o siete metros de distancia que los separaba del cuerpo del profesor, fueron salvados por Kao sin dificultad y cuando el pequeño chino llegó a la roca donde yacía el exánime cuerpo de Karus, se apresuró a reconocerle.

Un chillido de alegría brotó del pecho de Kao al final del examen. El profesor, aunque inmóvil como un cadáver, aún vivía, pues sentía los débiles latidos de su corazón.

Cuando Regis fue avisado de esta feliz nueva, gruesas lágrimas se escaparon de sus ojos y, febrilmente, instó a su compañero a que se diese prisa a preparar el cuerpo para izarlo.

Kao, hábilmente, preparó la ascensión. Se despojó de sus ropas fabricando con ellas una especie de almohadilla que arrolló por debajo de los brazos de Karus y, luego, pasó el lazo por ellos, asegurándose de que ni se aflojaría ni haría una presión brutal sobre él y cuando terminó mi labor, avisó a Regis para que se dispusiese a elevarlo.

Para facilitar la labor, realizó un gran esfuerzo y mantuvo de pie

el inerte cuerpo hasta que la cuerda adquirió tensión y, entonces, en sus ojillos oblicuos brilló una luz de angustia al seguir con ellos el balanceo trágico del cuerpo, elevándose en el vacío pulgada a pulgada.

Si la cuerda no resistía el pesado cuerpo de Karus, esta vez no tendría salvación posible.

Regis, que estaba pensando en lo mismo, tiraba de la cuerda con mucho cuidado, procurando que no hubiese vaivenes bruscos que podían partirla y empleando sus poderosas fuerzas, sudo como un condenado para atraer hacia él aquel enorme peso que hinchaba las venas de su cuello y congestionaba su rostro hasta casi hacerle soltar.

Por fin, ímprobos esfuerzos, logro depositar el cuerpo del profesor sobre el saliente rocoso. Si la operación hubiese tardado algunos minutos más, todos sus esfuerzos se hubiesen perdido al verse obligado a soltar su carga por agotamiento físico.

Extenuado se dejó caer junto a su señor, advirtiendo a Kao que esperase un poco a que se recuperara y cuando descansó lo suficiente, procedió a elevar al chinito.

Esta nueva tarea no le resultó pesada. Kao pesaba poco y además supo ayudarse apoyando los pies en la lisa pared para aminorar su esfuerzo.

Cuando se encontraron los tres reunidos, procedieron a examinar al profesor. Este, pálido como un muerto, presentaba una fuerte contusión en la frente que le había privado de conocimiento durante largas horas.

—No creo que sea cosa grave —afirmó Regis esperanzado—; pero necesitábamos agua para lavar la herida y, sobre todo, huir de aquí antes de que el frío nos congele.

—Agua no haber a la vista —dijo Kao—: quizá abajo de montaña podamos encontrar. Si pudiéramos bajar profesor, escaparíamos hacia allí.

Kao señalaba con la mano el interior, más allá de la montaña y Regis, comprendiendo los pensamientos del muchacho, dijo:

—Lo intentaremos, Kao. Hay que hacer algo, y lo haremos.

Vendió con su pañuelo la herida que aún manaba algo de sangre y cargándose el inanimado cuerpo a la espalda, se dispuso a descender de la montaña por el lado opuesto.

—Honorable señor Regis dará revólver a Kao. Kao bajará delante para vigilar posible emboscada.

—Tienes razón; toma y vete tanteando el camino para facilitarme la bajada. Aunque hay luna, no veo bien y podría escurrirme en el descenso.

Kao obedeció y actuando de guía, fue indicando los lugares propicios para poner el pie. La jornada fue dura y peligrosa, pero al cabo de la hora habían alcanzado el llano sin hallar trazas de enemigos.

Capítulo tercero

EL JUNCO DE LOS APESTADOS

Cuando tras tan peligrosas fatigas se encontraron al pie de la montaña, un nuevo y grave problema se les presentaba. — Ignoraban dónde— estarían sus perseguidores y, sobre todo, temían la presencia de los dos vigilantes, que no se dormirían en previsión de que su presa se les pudiese fugar.

Kao, tomando una resolución, dijo: Honorable señor, esperar aquí. Kao explorará terreno para ver qué hacen malditos bandidos.

—Sí, creo que es lo conveniente. Tú puedes escurrirte mejor por esta condenada tierra. Toma el revólver y no te expongas.

—Kao será prudente.

El muchacho tomó el revólver y arrastrándose por la tierra, aprovechando cualquier depresión para hurtar su figura a la luz de la luna, avanzó dando la vuelta a la montaña para localizar a sus enemigos. El montículo, aunque elevado, no era de gran extensión, y esto le permitiría hacer la descubierta en poco tiempo.

Avanzando con la agilidad y la habilidad propias de su raza, Kao dio la vuelta a la montaña sin darse a ver, descubriendo a uno de los vigilantes tumbado entre las breñas, mientras su compañero se paseaba contemplando con inquietud la obscura mole del monte.

Satisfecho de su examen, regresó junto a Regis, diciendo:

—Peligro no hay por ahora. Bandidos al otro lado. Podemos intentar huida.

Regis se cargó a la espalda el cuerpo del profesor y ambos, procurando buscar amparo en las depresiones del terreno, se alejaron en dirección contraria.

El terreno, aunque llano, mostraba una desigualdad que favorecía su marcha. Buscando los declives más pronunciados, descendían por ellos para ocultarse a la vista de sus posibles perseguidores y otras veces, aprovechaban barrancos y pequeños

agarrafes para buscar su protección. Por fin, para suerte suya, tropezaron con un pequeño arroyo que se escapaba entre dos peñas lisas y deteniéndose junto a él, saciaron su sed y procedieron a lavar la herida del profesor.

Esta no era muy profunda y después de bien limpia, Regis procedió a fabricarle un vendaje con trozos de sus camisas.

También chapuzó ampliamente el rostro del herido para tratar de hacerle volver en sí. El agua era bastante fría y esto hizo que después de un largo rato, despabilase a Karus volviéndole a la realidad.

Cuando por fin abrió los ojos, miró a todos lados con espanto, pero al reconocer a Regis y al pequeño Kao, sonrió débilmente, murmurando:

—Gracias, nobles amigos. Veo que he tenido la suerte de ser salvado una vez más por vosotros. Nunca podré pagar cuanto os debo.

—Vamos, profesor —dijo Regis emocionado—, aquí no nos debemos nada ninguno. Nos hemos salvado unos a otros siempre que hemos tenido ocasión y quizá mañana sea al revés. Lo principal ahora es que usted pueda ayudarnos y consiga moverse.

—Lo dificulto, Regis. Tengo todo el cuerpo como si me hubiesen dado una descomunal paliza. ¿Dónde estamos?

—A muy poca distancia de la montaña donde por poco acaba toda su historia de sabio.

—¡Oh, sí!... ¡Fue una caída brutal! Creí que alcanzaba el abismo. —Dé usted gracias a la peña que le hizo esa escandalosa herida. Ella le detuvo en el viaje al infinito.

—Y tú... ¿cómo estáis aquí?

—Me libertó Kao cortando mis ligaduras. Gracias a eso pude acudir en su auxilio y entre Kao y yo salvarle de morir allí devorado por los pajarracos.

—Y ahora. ¿Cuál es nuestra ruta, Regis? ¡Que Buda me haga Gran Lama, si lo sé! —Afirmó el criado—. Lo principal es poner mucha tierra por medio. Nos vigilan y creo que han ido en busca de refuerzos.

—Lo malo es si vuelven a traer esos endemoniados perros.

Regis que no había pensado la posibilidad de ello, se estremeció al oírle.

—¡Reconfuncio! —exclamó—. No había caído en ello. Hay que largarse de aquí más que a paso.

—Yo no puedo andar, Regis lo mejor es que vayáis vosotros a explorar el terreno y si es posible, volváis por mí.

—¡Y cien mil pares de ratas amarillas con coleta que me devoren encima! —exclamó Regis—. Usted no podrá andar, pero yo sí y mientras yo pueda hacerlo, no le dejare aquí. Vamos, pequeño; hay que buscar un refugio donde ocultarnos.

Tomó de nuevo al profesor y echándoselo a la espalda, emprendió el camino seguido de Kao, que vigilaba con sus agudos y oblicuos ojos.

La jornada fue dura y fatigosa. Toda la noche caminaron agotados por la fatiga, el hambre y el cansancio y ya apenas podían tenerse en pie cuando empezaba a clarear. Regis, sudoroso, se detuvo dejando blandamente al profesor sobre la tierra y comentó:

—¿Es que en estos malditos parajes no hay más que tierra seca y amarilla y peñascos? ¿No será posible encontrar algún sitio donde descansar y saciar un poco el hambre?

Kao movió la cabeza desalentado, diciendo:

—Kao teme que no... Río está al otro lado y quizá allí...

—Pues habrá que encaminarse al río. Todo menos morir de hambre en este maldito lugar.

—Pero río estará vigilado —insinuó el chino.

—Y el Infierno también, pero algo hay que hacer, Kao.

El chino se dirigió al pequeño montículo que se alzaba a su derecha y lo escaló, tratando de dominar mejor el paisaje. Quería convencerse de si por allí cerca no existía algún mísero poblado o alguna cabaña que les pudiese prestar cobijo.

De pronto, su semblante se iluminó con una sonrisa de alegría. Lejos, en una hondonada, acababa de descubrir una pequeña choza rodeada de un diminuto huerto y descendiendo rápidamente, dijo:

—Choza allá abajo... Quizá allí podamos encontrar asilo.

Pues andando —ordenó Regis—. Veremos a quién pertenece y si tenemos que tomarla por asalto, lo haremos.

El profesor, que se sentía un poco más fuerte, reclamó que se le permitiese andar un poco para probar su resistencia y, a paso lento, alumbrados por la difusa luz del amanecer, se encaminaron en dirección a la choza.

Tardaron más de una hora en llegar al lugar de su emplazamiento y cuando al fin pudieron distinguirla bien, observaron como una anciana china, de rostro horrible y apercaminado, se dedicaba a cuidar el mísero y pobre huerto.

Cuando descendían por la senda que se adentraba hacia la construcción, la vieja se envaró al descubrir sus siluetas y Regis murmuró a sus compañeros:

—No me gusta el aspecto de esa bruja amarilla. Parece escapada de un cuento de demonios.

—Con tal de que nos facilite algo de comer, a mí me parecerá un hada de la hermosura —aseguró el profesor.

Kao se adelantó y se puso a hablar con la vieja gesticulando con la viveza de movimientos tan peculiar en los chinos, mientras Karus y Regis, a prudente distancia, seguían con interés la larga discusión.

—¿Qué se estarán diciendo? —preguntó el criado—. Yo no habría perdido tanto tiempo en explicaciones. Con coger a esa carroña del pescuezo y doblarla en cuatro pedazos, estaba todo resuelto.

Por fin, Kao regresó junto a sus amigos y Regis, impaciente, preguntó:

—¿Qué diablo discutías con ese tapo arrugado?

—Se negaba a darnos nada. Dice que es muy pobre y que esto no da de sí para nada, pero prometí pagar bien y accede. Dice que nos dará arroz con ratas.

—El diablo que se trague esos comistrajos —afirmó Regis, haciendo una mueca de repugnancia—. Prefiero morirme de hambre.

—¡Oh, arroz con rata estar muy bien! En Pekín, en grandes hoteles, ser manjar exquisito. Comerlo todo el mundo.

Regis no pareció muy convencido, pero hasta que no metiese el diente al horrible manjar, no estaba muy seguro de despreciarlo de verdad como había asegurado.

Los tres se acercaron lentamente al huerto y la vieja, adelantándose, extendía su horrible y huesuda mano, solicitando por adelantado el pago de lo convenido.

—Dele un yen —dijo Kao—; es el precio.

Regis extrajo la moneda, que depositó entre las garras de la vieja, al tiempo que le lanzaba una mirada de través. Aquel despojo

humano le era terriblemente antipático, mucho más que todos los chinos, a los que odiaba de un modo feroz.

La vieja se guardó la moneda y alargando el brazo, dijo:

—Podéis pasar al interior mientras yo recojo unas coles en el huerto.

Atravesaron una estrecha vereda y se dirigieron hacia la choza. Esta era un cuadrado de unos cuatro metros, construida horriblemente con adobes, piedras de todas clases y cubierta con una especie de techo de paja de arroz.

Regis, ayudando al profesor, que apenas se podía tener en pie, penetró el primero, seguido de Kao. La choza, sin ventilación ni apenas luz, más parecía un antro de fieras que una vivienda humana.



A tientas, se adentraron en ella, pero súbitamente, algo como una tromba cayó sobre ellos y los tres, arrollados y vencidos por la sorpresa vinieron a tierra, mientras una avalancha de cuerpos caía sobre ellos lanzando aullidos salvajes.

Cuando Regis, que era el más fuerte, quiso darse cuenta de la trampa en que habían caído, ya era tarde. El estrecho tabuco, repleto de chinos, que se lanzaron sobre ellos, no les permitió hacer

movimiento alguno y, vencidos por el número y la estrechez, se vieron amarrados antes de tener tiempo de organizar defensa alguna.

Regis, rugiendo como un león, se debatía entre ocho o nueve hercúleos chinazos que le agarrotaban por todas partes, sin permitirle movimiento alguno, en tanto que el profesor y Kao, más débiles, habían sido reducidos a la impotencia rápidamente.

Cuando por fin quedaron imposibilitados de hacer resistencia, fueron empujados al exterior, pues en aquel tabuco no podían revolverse y el bravo criado reconoció en el que mandaba la cuadrilla de bandidos, a uno de los que la habían custodiado durante su reciente cautiverio.

—¿Otra vez tú, rata sarnosa? —bramó Regis, fulminándole con la mirada—. ¡El día que me vea libre y te pueda echar mano, te juro que el más difícil rompecabezas chino va a resultar un juego de niños para que puedan intentar recomponer tu cuerpo!...

—¡Cállate, perro extranjero! —bramó el chino—. ¡Me pagarás todo lo que me has hecho sufrir con tu huida! ¡Si no fuera porque tengo orden del Gran Jefe de presentarte vivo, ahora mismo te hacía colgar de una de esas vigas!

—¡Tu Gran Jefe! —Comentó Regis—. Ese sapo bilioso a quien he prometido arrancar las orejas a mordiscos ¡Llévame ante él y si tiene valor, que se enfrente conmigo cinco minutos, verás lo que queda de ese sapo bilioso!

El chino dejó caer sobre las espaldas de Regis un fino látigo que llevaba en la mano y ordenó:

—¡Preparar todo y llevarlos hacia el río! Hemos de conducirles rápidamente a Chenlan, donde nos esperan.

Con media docena de ramas largas y resistentes, los bandidos improvisaron un medio terrible de transportar cómodamente para ellos a los presos. Les amarraron sólidamente con cuerdas y luego pasaron los palos por los costados de cada uno, formando una especie de parihuelas.

Cuatro chinos cargaron con cada uno de los presos apoyando los extremos de las largas ramas sobre sus hombros y Regis empezó a soltar horribles maldiciones sobre ellos, al verse así colgado en aquellos dos palos que al presionar con el vaivén, le clavaban las cuerdas en todo el cuerpo.

La jornada fue un terrible suplicio que duró más de dos horas, hasta que por fin alcanzaron la orilla del río.

Una vez en ella, descargaron los cuerpos sobre la tierra junto a unas moreras y dejándoles bajo la vigilancia de cuatro feroces mogoles, se dedicaron a recorrer el río buscando algo que necesitaban.

Regís, a pesar de las torturas que había sufrido, al divisar, al alcance de su mano, las moras, extendió el brazo con avidez y se dedicó a comer las que pudo, siendo imitado por sus compañeros. Estaban hambrientos y la necesidad física pudo más que todo en ellos.

Durante un buen rato, el que capitaneaba el grupo estuvo explorando la orilla del río con impaciencia. Debía esperar alguna embarcación que no llegaba, para proceder al traslado de sus prisioneros.

Un junco que apareció río arriba, le obligó a retirarse de la orilla aterrado, pero luego, reaccionando, rompió a reír y exclamó:

—¡Por Buda que no voy a encontrar mejor junco que éste para llevarme estas carroñas! ¡Eh!... ¡Alto el junco!

Sus compañeros, al oír la orden, se apartaron con terror, pero el jefe, iracundo, levantó el látigo, gritando:

—¡Perros sarnosos, al primero que retroceda le meto en ese junco y le mando a Chenlan con los diablos extranjeros!

Ante la amenaza, los chinos permanecieron clavados en su sitio, pero en el temblor de sus cuerpos y en la dilatación de sus ojos, se adivinaba que el más supremo terror se había apoderado de ellos.

El junco, que avanzaba lentamente corriente arriba, era una pesada embarcación de aspecto siniestro. Toda pintada de negro, flameaba en lo alto de la vela cuadrangular tejida con paja, una bandera negra con una calavera.

—¡El junco de los apestados! —Murmuró uno de los chinos—. ¡Que Buda nos proteja!

Algunas pequeñas embarcaciones que descendían por el río, se apresuraron a arrimarse a las orillas al ver pasar el junco y nadie se atrevía a cruzar próximo a él; tanto era el terror que inspiraba.

El bandido volvió a gritar y en la alta borda de la embarcación se asomó un tipo desastroso, de facciones embrutecidas por la bebida, el cual gritó con voz ronca:

—¿Quién llama al junco de los apestados?

El jefe de los sectarios levantó la mano y exclamó:

—«La picadura del dragón es mortal.»

—¿De qué color es el dragón?

—De fuego.

—Bien, manda; compañero de «El dragón de fuego». ¿Qué deseas de este humilde sectario?

—Tengo tres perros extranjeros que trasladar a Chenlan. Se han escapado varias veces y el Gran jefe los necesita. Quiero que los traslades en tu junco.

El chino rió siniestramente, replicando:

—¡Buen regalo me haces! Mándamelos y te prometo que cuando lleguen, lo harán retorciéndose en cubierta como esa carroña que llevo a bordo.

El jefe se volvió hacia sus aterrados hombres, ordenando.

—Tomar a los perros extranjeros y subirlos a cubierta.

Los chinos, temblando de espanto, retrocedieron al oír la orden y el jefe, furioso, gritó:

—¿Qué es eso, hijos de tiburón? ¿Es que os resistís a cumplir los mandatos de «El dragón de fuego»?... ¡Pronto, o haré que os suban también a vosotros y os dejen ahí con ellos!

Los chinos, venciendo el terror que les dominaba, fueron en busca de los prisioneros y tomándoles entre sus brazos temblones, se dispusieron a subir varios a bordo.

Cuando traspasada la espesa cortina de moreras dieron vista a la orilla del río, Regis miró con curiosidad a aquel siniestro barco, pero Kan, que conocía mejor las costumbres de su país, al darse cuenta del lugar donde iban a ser conducidos, lanzó un agudo grito y a pesar de su valentía, se sintió poseído de terror.

Regis, extrañado, se volvió a él preguntando:

—¿Qué sucede, pequeño?

—¡Oh!... ¡El junco de los apestados! ¡Es la muerte más horrible la que nos aguarda ahí arriba!

Regis no tuvo tiempo de inquirir más detalles. Los «coolies», temblorosos, se apresuraron a cruzar el suelo tablon que se había tendido desde la borda del junco a la orilla y avanzaban con pánico, deseando deshacerse de su molesta carga.

Aterrados, se dieron prisa a tirar sobre cubierta como si se

tratase de fardos a sus tres prisioneros y con la agilidad de monos, saltaron a tierra sin casi poner los pies en el tablón de enlace.

El patrón del junco rió con su risa cruel y sardónica y comentó:

—¿Qué os pasa, lindas golondrinas? ¿Acaso tenéis miedo de ser huéspedes de mi lindo palacio flotante? Sois muy delicados... Aprender de Kwang-Si, que llevaba doce años tripulando esa tumba flotante y se ríe de la muerte porque es más fuerte que ella.

El jefe de los bandidos, deseando apartarse cuanto antes de aquel siniestro navío, exclamó:

—Escucha, Kwang-Si, cuando llegues a Chenlan, manda aviso al Monasterio del Lama para que sepa que llevas a bordo a los prisioneros. Él dispondrá lo que ha de hacerse con ellos y no olvides que si los dejas escapar, por mucho que hayas burlado a la muerte en tu maldito junco, no podrás burlarla cuando nuestro Gran Jefe decreta colgarte de un garfio por el cuello.

El patrón hizo una mueca repugnante al oír el aviso y aseguró roncamente:

—Descuida, que no se me escaparán. A pesar de todo, le tengo cariño a mi maldito pellejo para dejar que lo agujereen por el cuello. ¿Nada más?

—Nada más; de todas formas, nosotros remontaremos el río en algún «sampang» que cruce o en barcas y llegaremos después que tú. Te deseo buen viaje.

—Que «El dragón de fuego» os acompañe.

El patrón dio un grito y dos astrosos y repugnantes chinos de rostro embrutecido por el alcohol, se hicieron cargo de los prisioneros para amarrarles mejor, mientras el junco, apartándose de la orilla, seguía su siniestro curso llevando a bordo su trágica y repugnante carga de apestados.

Capítulo cuarto

LA CATÁSTROFE

Pasado el primer momento de estupor, los prisioneros reaccionaron de diverso modo. Mientras Kao se debatía angustiado perdida su serenidad valor, y el profesor, agotado por sus dolores físicos, se mostraba indiferente a cuanto le rodeaba, Regis, más entero y sereno, tendía la vista a ambos lados, preguntándose qué clase de tormento y peligro les habrían preparado aquellos monstruos para quebrantar su espíritu y fortaleza.

Los chinos, no conformes con las ligaduras que ya les aprisionaban fuertemente, les habían atado a unos palos recios que se erguían a los lados de la cubierta, sin duda destinados a amarrar a los rebeldes o peligros con y el patrón, fumando una negra pipa, les contemplaba malignamente, comentando:

—Bien, mis queridos huéspedes, espero que no quedaréis descontentos de la estancia en este palacio. Tenéis toda clase de comodidades y, sobre todo, una bonita diversión para los ojos. Os la brindo para que la gocéis hasta que os toque el turno de tomar parte en la fiesta.

Y con el látigo que esgrimía en la mano, señalaba al centro de la nave donde hacinados en inmundo montón, más de tres docenas de horripilantes chinos se debatían detrás de un enrejado de bambú, lanzando ayes lastimeros y revolcándose por las ennegrecidas y asquerosas tablas como ratas en un albañal.

Regis contempló con repugnante curiosidad el hacinamiento de la carne amarilla y preguntó a Karus:

—Muchacho, ¿quieres explicarme esto y por qué sientes ese miedo que nunca vi en ti?

—¡Oh, honorable señor! —gimió el chinito—. Honorable señor Regis no sabe dónde nos han metido. Este es junco de apestados. Es la fiebre amarilla que nos ronda... nos contagiarán y moriremos

como esos infelices, entre vómitos horribles y dolores espantosos.

Regis, a pesar de su valor, sintió que un escalofrío recorría su medula. Había oído hablar algo de la terrible fiebre amarilla, y más hubiese preferido que le volasen el cráneo de un tiro que tomar tan repugnante enfermedad.

Pero confiando siempre o su buena estrella, y deseando levantar el ánimo de sus compañeros por si un milagro les permitía hacer algo para salvarse, dijo:

—Hay que tener valor, pequeño. Nadie se muere hasta que Dios dispone. ¿No ves ese sapo negro de patrón como no ha cogido la enfermedad a pesar de los años que dice que lleva tripulando el junco? Confiemos en Dios y hagamos algo para abandonar esta cloaca inmunda.

—¡Oh, nada podemos hacer! Por otra parte, todo el mundo huirá al ver aparecer el junco. ¡Estamos dejados de la mano de Dios!

—No digas eso y confía en él. Quizá nos ayude una vez, más.

El chino no replicó, y Regis clavó sus ojos sin querer en el horrible cuadro que tenía frente a él.

Aquello, era francamente repugnante, los chinos lívidos, esqueléticos, demacrados, con el rostro violáceo, los ojos desmesuradamente abiertos y los cuerpos retorcidos por contorsiones grotescas se abatían en su estrecha choza, entre náuseas impresionantes, arrogando por sus contraídas bocas una baba espesa y amarillenta, que a Regis le producía a su vez náuseas.

—¡Por Buda! —exclamó—. Presiento que yo también voy a coger esta asquerosa enfermedad solamente de contemplar este cuadro.

Los atacados maldecían, juraban, gemían, lloraban y suplicaban que les arrojasen al río con una piedra atada al cuello, antes de tenerlos padeciendo aquellos terribles dolores.

Regis, preocupado, preguntó a Kao:

—¿Dónde diablos llevan toda esta carroña?

—Dios lo sabe —gimió el chino... Allá arriba a las montañas... A algún lazareto olvidado en los montes... Aunque quizá todos morirán antes en el viaje... ¡Es horrible!

Un chino lanzó un agudo alarido, se retorció convulsamente, y después quedó rígido, con sus horribles ojos mirando al cielo. Sus compañeros empezaron a aullar más espantados aún, y el patrón,

con el látigo en la mano, se acercó al enrejado gritando:

—¿Qué os sucede que graznáis así, ratas de cloaca?...

Los chinos gritaron a un tiempo, señalado al caído, y el patrón, flameando el látigo para hacerles retroceder, ordenó:

—¡Arrojar esa porquería al río!

Dos de los tripulantes se acercaron temerosos al enrejado, entreabriéndole con precaución, mientras el patrón, con el látigo en la mano, vigilaba a los atacados, y uno de los chinos de la tripulación, con un palo rematado por un garfio, introdujo éste a través de la obertura, y enganchando al chino por donde pudo, lo arrastró sacándole fuera.

Luego, de un violento empujón, lo lanzó por encima de la borda, arrojándole al agua.

El cuerpo flotó un momento en el sucio remolino de las aguas, y desapareció para resurgir unos metros más bajo, desapareciendo definitivamente.

Con dos baldes lavaron la cubierta, y otra vez reinó la calma a bordo del siniestro junco.

Regis siguió con asco la maniobra, se dijo que si continuaba muchas horas presenciando tal espectáculo, terminaría por caer enfermo de aprensión.

Era casi mediado el día, y el patrón dio un grito que fue rápidamente interpretado, porque, momentos después, aparecían dos chinos con una sucia marmita y unas cuantas escudillas de mohoso metal.

Con un cazo extrajeron un potingue espeso que encerraba la marmita, repartiéndole en las escudillas. Cada chino tomó una con ansia y se retiró al otro extremo de la cubierta a devorar aquel salvaje condumio.

El patrón hizo señas de que entregasen su ración a los presos, pero éstos, asqueados, se negaron a tomarlo.

—Bien —dijo Kwang—. Sí, ya lo suplicaréis de rodillas. El viaje es largo y el hambre os obligará.

Transcurrieron varias horas de una monotonía desesperante. Karus, medio amodorrado, apenas si se sentía con fuerza para hablar, y Kao, sugestionado por el espectáculo que se veía obligado a contemplar sin descanso, se retorecía en sus ligaduras, apretando mucho los ojos para librarse de aquella visión dantesca.

En cambio, Regis, preocupado con la situación, y mucho más con su idea de hacer algo para escapar, tenía los ojos clavados en el río, como si esperase ver surgir en él la salvación soñada.

Pero con desaliento, observaba como cualquier clase de embarcación con la que se cruzasen se apartaba apresuradamente del paso del junco, apretándose contra las orillas para no rozarse con él. Aquel pabellón negro, con la calavera flotando, era algo terrorífico, que les obligaba a huir dejándole el paso franco.

Mediada la tarde, Regis, que seguía con los ojos clavados en la amarillenta corriente, sintió un extraño estremecimiento al descubrir un gran

«sam-pang»

que descendía por el río, sin preocuparse poco ni mucho de aquel fatídico pabellón, que era como un aviso mudo de peligro.

Algo, sin saber el qué, llamó la atención de Regis, y con ávida mirada, se dedicó a contemplar el barco que avanzaba corriente abajo a buena velocidad.

El navío estaba pintado de negro, con una franja azul que corría a medio metro de la borda, y estos colores parecían subyugar al bravo criado.

De repente, cuando con gran asombro del patrón el «sampang» bajaba casi rozándose con el maldito junco. Regis descubrió en la popa el nombre de la embarcación, y un grito salvaje de júbilo y de llamada brotó de su garganta.

El «sampang» se llamaba el «Hanói», y este nombre hizo recordar a Regis la embarcación que el embajador había prometido fletar y tener a lo largo del río, por si se presentaba a ocasión de poder prestarles albina ayuda.

Con toda la fuerza de que era capaz, se irguió gritando en inglés:

—¡Eh, del «Hanói»!... ¡La tierra es amarilla! ¡Aquí el profesor Karus prisionero en este maldito junco!

El patrón, aunque no había entendido las frases de Regis, adivinó que era un grito de auxilio, y corriendo hacia él con el látigo en la mano, rugió:

—¿Qué es lo que gritas, maldito perro extranjero? Si vuelves a abrir la boca te la cierro para siempre a latigazos.

Regis comprendió que era muy capaz de hacerlo, y esperó el resultado de su llamada. Estaba seguro de que tenía que haber sido

oída, y que la contraseña dada serviría para que les reconociesen y tratarasen de prestarle el auxilio solicitado.

El «sampang» había pasado de largo rozando el junco, pero otra voz en inglés llegó a oídos del bravo criado.

—«¡La luna es azul!» ¡Allá vamos!

El criado no pudo disimular su gozo, y miró al chino con ira reconcentrada. Si los del «sampang» les prestaban ayuda, se prometía ejercer en el asqueroso patrón una represalia horrible.

Kwang. —Si, al captar la contestación, se inclinó sobre la borda echando un vistazo a la embarcación. Esta, a pesar de la velocidad de la corriente, estaba maniobrando para dar la vuelta y apretarse a abordar al junco.

El patrón, rabioso, se volvió hacia sus hombres gritando:

—¡A los remos! Hay que forzar la marcha y dejar atrás ese maldito barco. Orden de «El dragón de fuego»

Media docena de asquerosos «coo-lies» se apresuraron a tomar los remos para ayudar a la vela, y el junco adquirió una mayor velocidad al impulso recibido.

Pero, también el «sampang», dotado de una buena vela, como era un barco fino de proa, y estaba dotado de diez hombres robustos, remontó el río después de virar en redondo, tratando de dar caza al junco de los apestados.

Regis pudo darse cuenta de la maniobra, y su corazón se ensanchó de alegría. Estaba seguro que la ayuda de aquellos hombres sería de eficaz y de que pronto se verán libres de tan asqueroso lugar.

El patrón tras convencerse de que sus hombres remaban con vigor, echó inquieto un vistazo al río. Hacía un rato que venía observando su corriente, y adivinaba que una de las muchas y locas crecidas del «río de la calamidad» se avecinaban, cosa que le causaba terror, porque conocía sobradamente lo peligroso que tales crecidas son para los juncos.

Por momentos la orilla del caudaloso Honag-ho iba descendiendo, mientras el junco flotaba mucho más alto, debido a la gran cantidad de agua que embalsaba el cauce.

Regis también se dio cuenta de ello al observar que le costaba trabajo ya divisar las rocosas orillas, pero no alcanzó a comprender qué encerraba aquella observación.

El profesor, pese a su estado de indiferencia, reaccionó al oír el grito de su criado, y como si acabase resucitar a la vida, se volvió hacia Regis preguntando:

—¿De verdad que has localizado el barco que nos prometió S. E. ?

—Sí, profesor. Creo que esto va a terminar mejor que habíamos supuesto.

—Dios te oiga. Yo ya había perdido toda esperanza y estaba pidiendo a Dios que terminase con nosotros cuanto antes para descansar de una vez.

Kwang-Si comprobaba con ira que el «sampang», iba ganando terreno y furioso enarbolando el látigo dejándolo caer sobre las espaldas de los remeros, mientras gritaba:

—¡Más aprisa, estúpidos!... ¡Si os dejáis alcanzar os corto las orejas a todos!

Los chinos redoblaron sus esfuerzos, tratando de dar más impulso al pesado junco, pero este, burdo y de proa muy ancha, cortaba el agua más trabajosamente que su perseguidor, perdiendo terreno lentamente.

El patrón, furioso, sacó un revólver de su faja amenazando:

—¡Al primero que se atreva a acercarse le levantaré la tapa de los sesos!

Durante más de media hora siguió fe persecución enconada, hasta que, por fin, una voz brotó a espaldas del junco con una orden tajante:

—¡Alto ese maldito junco o dispararé sobre él!

Kwang-Si no hizo caso de la amenaza y siguió hostigando a los remeros.

Pero el «sampang», cada vez más peligrosamente cerca, amenazaba con ponerse a la altura del junco. Kwang-Si tuvo una idea diabólica para detenerle, o al menos para hacer perder distancia a sus perseguidores.

Tomó violentamente la larga pértiga con el garfio en la punta, y acercándose a la enrejada tras el cual los chinos apestados se revolcaban presa del vómito, entreabrió la trampa, y con rapidez pasmosa introdujo la pértiga enganchando con ella a un apestado que sacó de su calabozo, volviendo a cerrar con rapidez.

El enfermo se debatió sobre cubierta, tratando de librarse del gancho, pero Kwang-Si, de un violento tirón, le arrastró hacia la copa, y, desde allí, con toda la fuerza de que se sintió capaz, lo lanzó al vacío contra el «sampang».

Regis, al darse cuenta de la maniobra, gritó:

¡Cuidado, es un apestado!

El chino cayó sobre cubierta al lado de la borda, y dando un alarido salvaje se incorporó, tratando de avanzar.

El jefe de la embarcación, advertido por el grito de Regis, retrocedió ante la horrible silueta del apestado, y sacando su revólver disparó fríamente sobre él.

El infeliz, alcanzado en el pecho antes de que pudiera dar un solo paso, abrió los brazos y se desplomó de espaldas, yendo a parar a la tumultuosa corriente al tropezar con la borda.

Kwang-Si, rabioso al observar lo inútil de su maniobra, apuntó contra el pequeño velero y disparó.

Un grito de agonía siguió al disparo. Uno de los tripulantes había sido alcanzado y rodó por cubierta con la cabeza destrozada del balazo.

Pero el jefe del «sampang», al ver rotas las hostilidades, dejó de lado todo miramiento, y, rápido como un relámpago, disparó.

Kwang-Si, sin tiempo a retirarse, recibió el balazo en el pecho y cayó rugiendo como un poseído.

—¡A las armas! —gritó—. ¡Disparad sin dejar que ni uno se acerque al junco!

Los chinos, todos armados de revólver, se dispusieron a obedecer, abandonando los remos y empuñando las armas, mientras que sus perseguidores lograban hábilmente, por medio de un bichero, sujetar ambos barcos.

Las detonaciones vibraron siniestramente en la calma del atardecer, y por ambas partes hubo bajas sensibles.

En el «sampang», dos tripulantes recibieron heridas graves, y otros dos leves; y en el junco, dos de sus

«coo-lies»

cayeron sobre cubierta para no levantarse más.



Kwang-Si, arrastrándose penosamente por cubierta, les exhortaba en nombre de «El dragón de fuego» a defender el junco hasta morir, mientras él trataba en vano de levantarse para ayudar a la defensa.

Súbitamente, los coolies retrocedieron. Los del «sampang», briosamente se habían decidido al asalto, y empezaban a ganar la

cubierta desafiando los disparos de sus enemigos.

El patrón, al darse cuenta de la situación, se arrastró hasta la jaula donde se apiñaban los apestados, y realizando un esfuerzo supremo abrió la enrejada puerta para dar libertad a aquella inmunda carroña.

En tanto, el primero que saltó a cubierta, tras tumbar de un certero disparo al chino que pretendía cerrarle el paso, distinguió a los presos atados a los postes, y abalanzándose sobre ellos extrajo su cuchillo y se dispuso a cortarles las ligaduras.

—¡Pronto! —gritó angustiado Regis—. Tenemos que abandonar este maldito junco antes de que la peste sea con nosotros.

Libres de sus ligaduras, se disponían a saltar al «sampang», cuando retrocedieron aterrados lanzando un rugido de dolorosa angustia. Los apestados, al ver libre la salida, se habían lanzado en tropel a cubierta y corrían desesperados a la borda, con intención de lanzarse al navío salvador.

Regis, dándose cuenta de la horrible situación, arrancó el revólver de manos de su salvador, y lanzándose hacia la inmunda masa, gritó:

—¡Atrás, carroña, atrás!... ¡Cuidado que no salten o estamos perdidos!

Con saña, disparó sobre los más cercanos, tumbando a dos de ellos, pero el resto, al verse atacado, se revolvió contra sus agresores, dispuestos a desarmarlos y hacerse dueños del barco.

Regis, el profesor, Kao y dos tripulantes del «sampang» retrocedieron angustiados al observar el ataque, y se hicieron fuertes en la borda; unos disparando sus revólveres, y otro dispuestos a hacerlo con sus cuchillos.

Si aquella chusma conseguía luchar.

—¡Atrás, carroña, atrás!... ¡Cuidado que no salten o estamos...! a brazo partido con ellos, estaban seguros de verse contaminados de la cruel y terrible epidemia que tantos estragos hacía.



Los primeros cayeron a sus pies retorciéndose de dolor, pero el resto, loco de ira y ansiando verse en libertad, no dudó en cargar sobre ellos sin más armas que sus retorcidas manos, que eran como garfios de acero.

La lucha amenazaba ser espantosa, cuando, de pronto, sucedió algo terrible e imprevisto. La crecida, que venía amenazando el río, llegó ruda, terrible e impetuosa, sin casi transición. Una enorme tromba de agua, que hundía las orillas como si las borrara, ensanchando el cauce del río, cogió de lleno al junco con su fuerza tremenda y lo lanzó sobre el «sampang», unido a él por el bichero.

Ambos barcos chocaron con estrépito, luego se inclinaron terriblemente a un lado, y, por último, empujada por la tromba, se lanzaron río abajo como una catapulta.

Capítulo quinto

DE PELIGRO EN PELIGRO

El efecto del terrible choque estuvo a punto de lanzar por la borda a nuestros héroes. El chinito Kao rodó por cubierta, emitiendo alaridos salvajes al tropezar con los pies de los apestados. Karus chocó contra uno de los postes a los que habían estado amarrados, y Regís se salvó al aferrarse a la borda cuando iba a salir por encima de ella.

El grupo de apestados que les atacaba, repelidos por el vaivén, rodaron por cubierta, yendo algunos de ellos a parar al río, mientras los restantes, aterrados, se levantaban corriendo en todas direcciones sin saber dónde refugiarse.

El junco, sin gobierno, giraba de modo mareante en el agua, dando vueltas en su loca huida por el río, mientras el «sampang», por delante de él, también iba a la deriva, sin medios para detener su carrera.

Las sombras de la noche que ya se tendían sobre el río hacían más pavorosa la situación y a los gritos de terror de los apestados, se unían los de los tripulantes de algunas de aquellas pequeñas embarcaciones, que arrastradas también por la impetuosa corriente, se sabían en peligro de morir ahogados o estrellados contra las rocas. Regís pudo recoger a Kao, que asustado y deshecho, se sentía incapaz de moverse para nada.

Por su parte, Karus, más animado, había recobrado sus energías y con su criado calculaba las posibilidades de salvación que poseían en aquella tremenda catástrofe.

Los apestados, en sus locas carreras, trataban de acercarse a ellos, pero el bravo Regís, que se había hecho con el látigo de Kwang-Si, ya en el fondo del río, les recibía a latigazos, obligándoles a apartarse de ellos lanzando rugidos de dolor.

Karus, admirando la impetuosa crecida, insinuó:

—Me temo que vayamos a estrellarnos contra la orilla de un momento a otro.

—Y yo también —afirmó Regis—; pero nada podemos hacer para evitarlo. Será lo que Dios quiera que sea.

Los tres, dominados por la angustia, se aferraban a la borda del junco esperando el horrible choque de un momento a otro, hasta que éste llegó, pero no en la forma que ellos habían supuesto.

El junco, medio deshecho, fue absorbido por uno de los innumerables rápidos que formaba el río y como un gigante que suicidamente se arrojase de cabeza en el abismo, así se precipitó por el desnivel envuelto en cascadas de sucia agua, para hundirse entre éstas de modo impresionante.

Una revuelta masa humana buceó entre las impetuosas ondas del río pugnando por salir a flote del terrible remolino y Regis, que fue uno de los primeros en librarse de aquella opresión aterradora, flotó nadando desesperadamente en las tinieblas, tratando en vano de cortar la riada de través para ganar la orilla.

Pronto se convenció de lo inútil del empeño. Aquella imponente masa de agua no podía ser cortada y sólo cabía mantenerse a flote tratando de seguir la corriente hasta que Dios dispusiese cuál había de ser el final de la trágica aventura.

De pronto, sus brazos, que se agitaban con desesperación, tropezaron con algo duro y sus manos sensibles, advirtieron que lo había tocado era tierra.

Extrañado, pues no se creía cerca de la orilla, luchó para que la corriente no le alejase de allí y tras ímprobos esfuerzos, consiguió acercarse a aquel obstáculo que la Providencia ponía cerca de él, hasta conseguir afianzarse y escapar de la presión de la riada.

Exhausto y atolondrado, se dejó caer sobre el húmedo piso, comprobando que en efecto, se trataba de tierra y cuando se encontró con ánimos para incorporarse, observó con asombro que había arribado a una diminuta isla que a modo de hito emergía en el centro de la corriente. Pero aunque de momento se había salvado, no confiaba mucho en la seguridad de aquel lugar. La riada impetuosa y creciente, lamia casi los bordes de la pequeña isla y si seguía creciendo, terminaría por cubrirla con sus impetuosas aguas barriéndole nuevamente de aquel refugio.

De pronto, oyó gritos a su derecha y corriéndose a aquel lado, se

dispuso a prestar auxilio a quien lo reclamase siempre que no se tratase de algún apestado.

Dominando el fragor de las aguas, lanzó un grito de aviso y a sus oídos llegó la demanda de socorro pronunciada en inglés.

Al oírla, se galvanizó y tirándose sobre el chorreante suelo, sacó las manos fuera de tierra buceando en el agua mientras multiplicaba sus gritos que dominaban el líquido elemento.

La suerte hizo que tropezase con una mano que se debatía angustiadamente y por un momento sintió repulsión y estuvo tentado de soltarla por si se trataba de la de alguno de aquellos desgraciados tocados por la peste, pero reaccionando, pudo en él más el sentido humanitario que el instinto del propio peligro y tiró con fuerza.

Un cuerpo vino tras él y Regis, luchando contra la absorción del agua, consiguió arrastrarlo hacia tierra al tiempo que preguntaba:

—¿Quién es?

Débilmente, una voz apagada repuso:

—Soy Karus, que...

No pudo decir más, pero Regis, emocionado, dio gracias a Dios por haberle deparado la suerte de salvar a su señor y le atrajo al borde del pequeño islote, para evitar que a ambos les arrastrase la corriente.

El profesor había perdido el conocimiento y Regis trató de hacerle la respiración artificial y darle masaje para ayudarle a volver en sí.

Tras pesados esfuerzos, lo consiguió. El profesor lanzó un leve suspiro y alargó la mano tomando el brazo de su salvador, mientras murmuraba:

—Gracias... Estoy... estoy muy cansado...

Regis le apoyó la cabeza contra sus mejillas y en esta postura, se dispuso a dejar correr las horas hasta que la luz del amanecer le permitiese tomar alguna resolución si antes la crecida no se les llevaba.

El bravo criado pedía al cielo con fervor que amaneciese para ver si pasaba alguna barca y les podía prestar ayuda, pero por otra parte, tenía la luz del nuevo día, pues si sus enemigos habían sobrevivido, seguramente les buscarían con saña, dispuestos a no regresar sin ellos ante el feroz y cruel jefe de «El dragón de fuego».

Regis seguía con creciente ansiedad el estruendo de las aguas que corrían tumultuosas barriendo los bordes de la pequeña isla y su angustia era infinita al observar que el caudal seguía creciendo, aunque levemente.

Por fin, tras una espera capaz de destrozar los nervios del más templado, la luz del nuevo día empezó a difundir una claridad vaga por el imponente cauce del río y cuando tras un breve alborear lució un sol pálido de un amarillo sucio, Regis se dio cuenta de toda la magnitud de la crecida.

El Hong-ho había adquirido una anchura dos veces más que la de horas antes. Sus orillas no eran normalmente tales, sino una cosa llana, por la que se escurría formando canales y sucios arroyos el agua se escapaba de la corriente natural.

Trozos de árboles, fragmentos, de embarcaciones, utensilios diversos eran arrastrados por el ímpetu del agua y ni señal de la más andar embarcación se divisaba en yodo el cauce del río.

La pequeña isla donde se encontraban era una especie de lengua de tierra de unos seis metros de lago por dos y medio de ancho y fue un verdadero milagro que ambos náufragos hubiesen tenido la suerte de tropezar con ella en la dilatada anchura del río.

Karus, tras el esfuerzo de la noche anterior y de las emociones sufridas, había quedado como aplanado, pero el halago del sol pareció obrar en él como un reactivo y abriendo los ojos, miró en derredor con curiosidad.

Al reconocer a Regis que yacía a su lado convertido en una sopa, sucio, desgreñado, con la ropa hecha jirones y el rostro demacrado por la fatiga y el esfuerzo, murmuró:

—Otra vez tú, mi buen Regis... ¿Es que Dios te ha nombrado mi ángel tutelar para que me salves la vida cada cinco minutos? —Algo debe haber de eso, señor. Su padre me pidió que velase por usted como si fuese un ángel y Dios le oyó.

Karus miró a su alrededor y preguntó temeroso:

—¿Y Kao?

Una sombra de dolor veló los ojos del bravo criado al recordar al simpático chinito y murmuró:

—Creo que el infeliz no ha tenido nuestra suerte. El miedo que sintió al verse en aquel maldito junco, le amilanó y ha debido ahogarse en este sucio río.

—¡Lo siento como si se tratase de un hijo! —afirmó el profesor —; le había llegado a tomar gran cariño y estaba dispuesto a hacer de él un hombre de provecho.

—Yo también lo siento. Fue un auxiliar precioso y se merecía mejor suerte.

—¿Y del «sampang», qué habrá sido?

—Mucho me temo que también haya corrido mala suerte. Le vi desaparecer dando tumbos por el agua delante del junco y se habrá deshecho en la catástrofe.

—Sí que ha sido terrible... ¿Y ahora qué hacemos?

—Eso estoy pensando. Si hubiese forma de cruzar este maldito río, podíamos ganar la orilla y buscar refugio en algún sitio. Seguramente nos creerán ahogados y primero que encuentran nuestra pista tendremos tiempo de haber adelantado mucho y ponernos fuera de sus garras.

—No sé. Me he convencido de que aquí hasta las piedras se levantan en contra nuestra. Era preferible luchar en las capitales. Aunque hay allí más enemigos, hay más medios de esconderse y pasar desapercibidos.

Regis, que sentía un formidable dolor en el estómago, comentó:

—Y más medios de meter algo en la barriga para calmar el hambre. Tengo el interior como si estuviesen peleando diez millones de asquerosos gatos chinos.

—Y yo. Creo que ahora no despreciaría la bazofia aquella que nos ofrecía Kwang-Si en el junco.

—No me hable de aquel asqueroso barco, que se me quitan hasta las ganas de comer. ¡Jamás he visto nada más repugnante en mi vida!

—... Quizá veas más cosas si la suerte nos ayuda y nos lleva al Tíbet. Aquello es algo que se aparta de cuanto tú has podido imaginarte en la vida.

—¡Pues sí que va a ser divertido el viajecito! Cuando le acabemos, darnos a tener que procurar que nos cambien el corazón o moriremos cardíacos.

Charlando, procuraban distraer el tiempo y al paso distraer el hambre. Nada podían hacer de momento si no era esperar y esperar en silencio, era verse manumitidos por negros pensamientos.

Por fin, mediado el día, el río pareció descender con celeridad.

El agua se iba recogiendo hacia el centro del cauce y su anchura resultó la cada vez menor.

Regis, temiendo que la navegación se reanudase de nuevo, insinuó a su señor:

—Si se encontrase usted en condiciones de intentar la travesía, creo que sería prudente pasar a la otra orilla. «El dragón de fuego» tiene aliados hasta entre las ratas y si algún junco baja o sube el río y nos descubren, será como un clarín anunciando a los cuatro vientos nuestra presencia.

—Tienes razón. No estoy muy fuerte, pero me creo con ánimos paro nadar un rato... si tú me vigilas, por si acaso.

—Pues ánimo. Al otro lado cuando menos habrá moreras y podemos saciar un poco el apetito.

Tras una breve vacilación, pues la corriente era aún muy violenta, se lanzaron al agua valientemente. La riada les arrastró con fuerza en los primeros momentos, pero su habilidad de nadadores experimentados neutralizó aquel arrastre y lentamente empezaron a ganar terreno con dirección a la orilla.

Fue una ruda tarea la de ir aproximándose. Regis, poseído de su gran fortaleza, encontraba menos áspera la travesía, pero Karus se iba dejando abandonar poco a poco y gracias al bravo criado pudo mantenerse a flote y apartarse del centro del río.



Por fin lograron poner pie en terreno firme. El fondo formado por las orillas, les favoreció y poco a poco, en lucha tenaz con el cieno que les aprisionaba impidiéndoles, los movimientos, lograron salir a tierra firme.

Extenuados, se dejaron caer sobre ella, pero Regis se a decir:

—¡No nos quedemos aquí, por Dios! ¡Allá abajo veo un lugar macizo de moreras que nos permitirá no sólo saciar un poco el hambre, sino quitarnos estas vestiduras y dejarlas secar! ¡Animo, profesor!

Este se dejó arrastrar por su criado y un cuarto de hora después se hallaban ocultos entre el tupido marañón de las moreras, atracándose de éstas, mientras sus ajadas vestiduras pendían del ramaje expuestas al aire y al sol.

Rendidos de cansancio, sentían una imperiosa necesidad de dormir, pero no se atrevían a intentarlo, primero porque la falta de vestidos no se prestaba a cometer tan grave imprudencia, y, segundo, porque la proximidad del río era un peligro ante el que había que estar alerta.

Mediado el día, sus vestiduras estaban ya en condiciones de ser usadas. Parecían dos astrosos mendigos, pero cubrían sus carnes y les prestaban algún abrigo.

Después de deliberar sobre el camino que debían emprender, acordaron esperar hasta que oscureciese para aventurarse por aquellos parajes.

Únicamente si atisbaban el menor asomo de búsqueda, tratarían de forzar la huida a plena luz, aunque esto era muy expuesto.

Escondidos entre la maraña de las moreras, se dedicaron a vigilar el río, pero era tal el cansancio, que de medio insensible, sin ellos quererlo, se quedaron dormidos. Era bien de noche cuando Regis despertó sobresaltado. Nada se oía en derredor y, por un momento, temió estar soñando, pero pronto reaccionó, dándose cuenta de todo. Presuroso, despertó al profesor, que dormía como si estuviese en el mejor hotel de Pekín y advirtió:

—Creo que debemos desaparecer de aquí. Ya hemos cometido una imprudencia con dormirnos, no cometamos otra retrasando la marcha.

Comieron más moras en previsión de no poderlo hacer más adelante y abandonando su refugio, se internaron por un paisaje

triste y agreste, que unas veces se presentaba llano y arenoso y otras se componía de depresiones, colinas, barrancos y pequeñas montañas.

—Creo que debemos caminar al amparo de ese paisaje —dijo Regis—; es más difícil que nos vean entre las breñas.

—Me parece bien. Con tal de que lleguemos a algún sitio habitado por ahí...

Toda la noche caminaron penosamente ganando terreno hacia el interior, hasta que al amanecer, se encontraron en un paisaje extraño, rodeados de montañas entre las que serpenteaba un estrecho sendero.

—¿Dónde diablos conducirá esto? —Preguntó el profesor—. Estoy ya agotado de caminar sin rumbo fijo y por parajes desconocidos.

Regis no contestó. Sus agudos ojos habían descubierto dos bultos que se movían lentamente a lo lejos por el estrecho sendero.

—Por allí avanza alguien y lo hace en burro —advirtió—. Sera un vehículo ideal para continuar nuestro camino.

—Podemos apropiarnos de ellos —afirmó el profesor—. Estamos en guerra con los chinos y en guerra, todo es lícito.

Regis no contestó, pero deslizándose por los vericuetos, se situó en un lugar estratégico para salir al paso de los caminantes.

Pronto descubrió que éstos no eran chinos corrientes. Vestían una especie de sayal, negro el de uno y pardo el del otro.

Karus, que conocía un poco el atuendo del país, afirmó:

—Son dos lamas, pero de poca categoría. Uno, el de negro, es un «ge-se»

o licenciado y su compañero, un «genjen» o novicio. Deben pertenecer a los puritanos budistas.

—Lo celebro, porque desde ahora van a pertenecer solamente al reino de Buda —dijo Regis amenazador.

Y saliendo al encuentro de los dos viajeros, les dio el alto.

Los detenidos, tomándoles por bandidos, trataron de defenderse, pero pronto quedaron reducidos a la impotencia.

Regis les arrastró entre las breñas y el profesor les obligó a hablar. En efecto, pertenecían a un monasterio del interior y eran portadores de un mensaje para el Gran Sacerdote Mogol de Chenlan.

Karus se apropió del documento y tuvo una inspiración:

—¿Por qué no suplantar a estos pajarracos? Disfrazados con sus ropas y portando tales documentos, no nos molestarían y llegaríamos a Chean-Lan cuando menos libres de fatigas y hasta protegidos.

—¡Magnífico! —Exclamó Regis—. ¡Manos a la obra!

Les despojaron de sus vestiduras embutiéndose en ellas y cuando estuvieron disfrazados, Regis se dispuso a eliminar a los dos ламas, pero el profesor se negó a cometer un crimen a sangre fría.

—Busquemos un sitio oculto donde esconderlos. Luego... ¡allá lo que les suceda!

Regis buscó hasta encontrar una especie de cueva en la que introdujo a los ламas, amarrándoles bien con las cuerdas que aún conservaba arrolladas a la cintura y después de disimular la entrada con piedras, volvió al lado de Karus.

—Hecho —dijo—. Si les encuentran, pueden dar gracias a linda.

Montaron en los burros y, al hacerlo, Regis descubrió unas repletas forjas llenas de provisiones. Los ламas no viajaban desprevénidos.

—Tantas desgracias que debo a los chinos y siempre me traen suerte dijo Regis.

Gozoso, extrajo algunas viandas que repartió con el profesor y obligando a los burros a seguir el sendero, exclamó en voz alta:

—No podemos quejarnos de la suerte, profesor. Esta nos proporciona de todo. Estoy seguro de que venceremos... Sobre todo, después de llenar bien el estómago con esto. Creo que terminaré por hacerme Lama para darme una vida de príncipe.

Y alegremente, caminaron cara al Norte, sin sospechar las terribles aventuras y peligros que aún les esperaban en su heroica y disparatada empresa...

